

Ocho meses sin Párraga

La muerte del pintor y de Narciso Yepes marcaron un año entre la rutina y la emoción

ANTONIO ARCO • MURCIA

Cayó como un mazazo sobre todos, como una condena a cadena perpetua para la que no estábamos preparados. La muerte inesperada de José María Párraga, pintor, desató en Murcia un río de dolor desconocido hasta entonces. Lejos de lo que él hubiera deseado, su *mutis por el foro* instaló en su ciudad y su legión de admiradores y amigos un árbol de tristeza de hoja perenne. Se fue el pintor que llevaba a Van Gogh en la corbata, como lo definió Gontal Díez. Otro pintor entrañable, Muñoz Barberán, resumió así, entre lágrimas, la pérdida: «Con Párraga se pierde todo: un tío gracioso, un tío simpático, un tío amable, un tío bueno, un gran pintor». Nacido en 1937, vivió toda su vida como un hombre de paz. Jamás imaginó tener un funeral de lujo, con capilla ardiente y todos los honores en la Iglesia Museo de San Juan de Dios.

La otra cara de la moneda, en el mundo del arte, nos trajo alivio. Ramón Gaya, de 87 años, recibió, en plena actividad artística, el Premio Nacional de Artes Plásticas. Contento, pero también escéptico, recluido en su mundo y en las teorías que lleva defendiendo toda la vida, en un ejercicio de coherencia no exento de riesgos, señaló: «Me sorprende que se acuerden de un pintor que está tan lejos de *lo actual*». Gaya —que no es sino un rastro que propone, no impone, un camino— comenzó el año recibiendo la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes y presentando en Madrid dos exposiciones: *Gaya y los museos* y *Gaya y los libros*.

1997 se inició con un regalo musical. El 4 de enero, la Caballé, abonada a las programaciones de Caja-Murcia, impuso su grandeza en el Auditorio Región de Murcia. Junto a la Orquesta Sinfónica de Murcia, a la que elogió profusamente, y dirigida por su amigo José Collado, recreó a una memorable Adriana Lecouvreur y casi provoca infartos con el primer bis de la noche, *O mio babbino caro*, de Puccini. Pero no se puede tocar permanentemente el cielo, y la apoteosis se truncó en decepción durante la segunda visita de la diva a la Región. Acompañada por su hija Montserrat Martí y por el impresionante tenor Javier Palacios, que convirtió el brindis de *La Traviata* en una estampa de Los Morancos, la Caballé pisó con más pena que gloria escenarios de Cartagena y Lorca durante la Semana Grande de Caja-Murcia (256 actividades del 7 al 29 de octubre, y un bombón: *Cegada de amor*, de La Cubana, en el Romea).

Otra sombra se posó en el terreno musical. Narciso Yepes, el músico y guitarrista lorquino de fama mundial, falleció en Murcia el 3 de mayo. Su viuda, Marysia Szummalowska, aseguró que «la providencia quiso que muriese en su tierra», y señaló: «Su vida ha sido un don, en la música y en su personalidad bondadosa». A sus funerales en la catedral, celebrados con salmos y cantos gregorianos, no acudió, en un gesto de pé-



Un momento del funeral de José María Párraga celebrado en la Iglesia Museo de San Juan de Dios.



Zubin Mehta, durante el ensayo de 'Titán'.



Ramón Gaya, Premio Nacional de Artes Plásticas.

simo mal gusto, ningún representante del Ministerio de Cultura. El Ayuntamiento de Lorca, que parece haber cogido el testigo de su memoria, organizó en noviembre el Primer Homenaje Internacional a Narciso Yepes, un punto de encuentro que tendrá periodicidad anual.

Año en que el colectivo Mestizo editó Otra manera de contar, de Jhon Berger y Jean Mohr, y Juan Manuel Díaz Burgos presentó en la Región y en La Habana su exposición de fotografías Malecón de La Habana. El Gran Sofá, un paraíso illovido de ángeles y demonios, 1997 fue fértil en visitas ilustres: Juan José Millás, invitado al Aula de Cultura de La Verdad por José Perona, autor de Espejos de una biblioteca (Editorial KR), advirtió que «estamos construyendo una realidad inhospita, insoportable de vivir». Millás lamentó que ya no queden «espacios para la protesta», mientras Saúl Yurkievich, profesor,

Algo de libros y música

A. A. • MURCIA

La primera novela de Lola López Mondéjar, *Una casa en La Habana* (Editorial Fundamentos); *La serpiente de bronce* (Pre-Textos), poemario de José María Álvarez traducido al francés por el también poeta Francois Michel Durazzo; *Imaginaciones y olvidos* (Huerga & Fierro), elegantes y depurados textos de Dionisia García; *Los nombres del enemigo*, poemario de Andrés García Cerdán publicado en la Colección de Poesía de la Universidad de Murcia; *Poemas* (Pre-Textos), un hermoso libro de Antonio Parra; *La Pajarodia* (Academia Alfonso X el Sabio), un ejercicio de humor y estilo de Francisco Sánchez Bautista; y *Las luces del día* (Pre-Textos), última y generosa entrega del novelista Pedro García Montalvo, son algunos de los libros, de ficción, que ha dado a los lectores el año que termina.

De La Habana, precisamente, llegó al Festival La Mar de Músicas, que se celebra en julio en el Auditorio del Parque Torres de Cartagena, Manolin, el Médico de la Salsa, que abrió la III edición de una apuesta festivo-musical que ha merecido la atención del Foro Europeo de Músicas del Mundo, y que este año tuvo en el brasileño Carlinhos Brown una de sus actuaciones más sonadas. Mientras José María Galiana se reencontraba con el público gracias a *Geografía sentimental*, en Calasparra un antiguo hospicio-convento del siglo XVII se convirtió en sala de actuaciones en directo. La Marabunta, con *La vida en rebajas*, la inauguró.

En la Región, sin embargo, no pudo verse el espectacular *Sebastián* (cantata de Debussy), de La Fura dels Baus, con Abraham Hurtado encarnando al mártir y *Erre que Erre* al frente de la coreografía. Tampoco hubo manera —en qué piensan los programadores— de escuchar dos voces irrepetibles: la de Chavela Vargas y Hanna Schygulla; imperdonable.